

¿Queráis de veras la monarquía? Pues haber conservado la áurea cadena de las tradiciones, que tenia como suspensa la corona de los cielos á la vista del pueblo. La voluntad nacional es cambiante porque es movable, y es movable porque es progresiva. Sobre ella no puede fundarse ningun poder permanente. Cuando el rey no inspira á todos los partidos el respeto que inspira el rey de Bélgica á los belgas y la reina de Inglaterra á los ingleses, no penseis traer con la monarquía la libertad y la paz. Aquí hay partidarios de cuatro ó cinco candidatos. Y en medio de este oleaje, os forjais la ilusion de que el futuro rey va á ser respetado! No me arguyais con las divisiones de los republicanos. Son verdad, y yo nunca oculto la verdad. Pero la variedad es la ley de las repúblicas, y la unidad la ley de las monarquías. Una república muere cuando mueren los partidos, y una monarquía muere el dia en que nace un solo partido antidinástico. El prestigio que perdió una monarquía hereditaria, no lo volverá á recobrar jamás una monarquía electiva.

El mayor inconveniente para los reyes electivos se encuentra en las ideas y los sentimientos. Como el físico que saca una chispa de las botellas eléctricas, no puede producir la tempestad, porque la tempestad necesita el gran laboratorio de la naturaleza; el legislador que da órdenes, mandatos, no puede crear los sentimientos, porque los sentimientos necesitan el gran laboratorio de la sociedad. ¿Qué sentimientos monárquicos hay en esta cámara monárquica? Acaban de decirnos que hay un monarca, y no ha resonado un aplauso, y no se ha oído un grito de entusiasmo, como si en vez de presentaros un candidato os hubieran presentado un cadáver. Aquí se ha hecho mas: se ha mirado con indiferencia el origen, el carácter de todas las candidaturas, aguardando á que saliese el rey, latino ó germano, católico ó protestante, mayor ó menor de edad, liberal ó reaccionario, de la voluntad del presidente del Consejo.

Su señoría nos ha descrito su largo viaje por Europa; y al describirnoslo, ha demostrado que ejerce una verdadera dictadura. ¿La comprendéis mayor? Se extiende hasta imponer un rey á las venideras generaciones. Los poetas antiguos llamaban á Júpiter padre de los dioses y de los hombres; los historiadores modernos llamarán al general Prim, padre de los príncipes y de los reyes. Todos han visto renacer en su persona la figura del cardenal Portocarrero, que tramaba tambien negociaciones parecidas junto al lecho de Carlos II espirante. El espectáculo es el mismo; solo que allí el dispensador de la gracia era un cardenal, y aquí es un soldado; allí espiraba, se extinguía la vida de un rey; aquí espira, se extingue la honra de todo un pueblo. El general Prim tiene una corona en sus manos, y en torno de esa corona bullen, hambrientos de reinar, príncipes de la casa de Francia, príncipes de las casas de Alemania y príncipes de la maquiavélica y ambiciosísima casa de Saboya.

Señores: primero llamó el presidente del Consejo á un palacio vecino. En vano le habíamos dicho que el rey viudo de Portugal podia llamarse D. Fernando el imposible en España, porque jamás consentiria Portugal en dejar su autonomia á los azares de una herencia. De allí pasó el general Prim á Italia, y recibió dos negativas. La casa de Saboya no quiso darnos un rey cuando creia á Francia fuerte; y nos manda ese rey ingrata! hoy que cree á Francia débil, á Francia su creadora, á Francia inmortal como el espíritu de nuestro siglo. Luego, el presidente del Consejo dió un salto mortal, pasó á Alemania. Todo el mundo sabia que la candidatura alemana iba á producir la guerra europea; todo el mundo, menos el presidente del Consejo. Y el príncipe Leopoldo fué el funesto París que encendió la guerra universal. Ahora volvemos á tener rey italiano. ¿Qué decir de un pueblo con rey alemán en Julio, y rey italiano en Octubre?

¿Existe en ese pueblo un átomo de fé monárquica? ¿Sabe ya ese pueblo lo que es la lealtad monárquica, la adhesion á una persona ó á una familia privilegiada? ¿No os enseña eso, que han cambiado aquí todos los sentimientos, todas las ideas? La filosofía es racionalista; el arte es revolucionario; la industria, cosmopolita; el trabajo, la única nobleza; la democracia, el océano social á que van á desaguar todas las clases; la imprenta es niveladora hasta de las inteligencias; el derecho exige como condiciones esenciales de la justicia, la libertad y la igualdad entre todos los hombres. ¿Qué monarquía vais á crear en esa corriente de ideas, en esa corriente de sentimientos?

Y no me digais que esos sentimientos los hemos creado nosotros los republicanos. La voz que pedia cuenta á los reyes de sus crímenes de quince siglos, era la voz de un noble, la voz de Mirabeau. Los legisladores que levantaron el monumento de los derechos del hombre en la noche del 4 de Agosto, eran aristócratas. Los primeros en romper el prestigio monárquico, forzando á Carlos IV á una abdicacion deshonrosa, vasallos eran, que no ciudadanos. Un general educado en vuestra ordenanza, se levantó en Cabezas de San Juan contra Fernando VII; y un sargento en la Granja, contra María Cristina.

Monárquicos eran los progresistas que expulsaron á la hija de cien reyes y pusieron en su lugar al hijo de un carretero; monárquicos los moderados que tramaron aquel célebre proceso en que la reina era testigo, juez y parte, para abrogar el primer decreto dado en su mayor edad; monárquicos eran los generales que en Vicálvaro rompieron la régia prerogativa; monárquica la pluma elocuentísima que trazó el programa de Manzanares pidiendo un trono, pero sin camarillas que le deshonraran; monárquico el general que puso el gorro frigio sobre las sienes de la ilustre pariente de Luis XVI, obligándola á declarar que eran once años de deplorables equivocaciones, los once años de todo su reinado; monárquicos los diputados reunidos aquí en són de rebeldía, y dispersados por los cañones de los reyes; monárquico el ilustre marino que, al enarbolarse la bandera revolucionaria en la Numancia y en la Zaragoza, enarbolaba el sudario de los reyes, de los emperadores, de los papas; monárquico el general que derribó en Alcolea, y en un dia, el trono de quince siglos: de suerte que las instituciones monárquicas han muerto por una descomposicion interior, á la cual habeis vosotros mismos, con vuestras fuerzas y con vuestras ideas, contribuido. Así, no hay rey posible.

¿Cómo se reirían de nosotros los verdaderos reyes, los reyes del Escorial y de Saint-Denis y de Westminster! No comprenderían, no, esta Asamblea. El rey ya no es el padre, sino el hijo de sus vasallos. Su corona no es aquella corona de oro en que iban engarzados los nombres de San Fernando, de Alonso X, de Isabel la Católica, sino una corona de talco en que van grabados los nombres de Prim, Martos, Rivero, Topete, funestos á toda monarquía. Junto á una herencia de vagos privilegios vais á poner otra herencia de sañudas cóleras. Junto á la monarquía, el sufragio universal. Las nuevas generaciones, educadas por los derechos individuales, se preguntarán: ¿con qué autoridad usurparon las Cortes Constituyentes mi participacion en la soberanía pública? Y vendrá tras esta pregunta la respuesta de las revoluciones. Convenid conmigo en que el rey puede salir de un templo, pero no de una Asamblea; descender de una nube, de un misterio, pero no de una urna electoral. Convenid conmigo, en que el rey necesita llevar en su frente el sollo de la eleccion divina, y en sus manos, como un manejo de rayos, los timbres de la victoria.

(Continuará.)

VARIEDADES.

EL COMERCIANTE EN PERLAS,

NOVELA AMERICANA
Escrita por J. T. de C.

PRÓLOGO.

En la época del descubrimiento de las minas de oro de California, uno de los buques de vela que hacian el servicio entre Panamá y San Francisco, se encontraba frente á las playas de Costa-Rica siguiendo majestuosamente su ruta con un tiempo magnífico y una mar tranquila.

Los pasajeros estaban reunidos á la mesa; ya se habian vaciado algunos vasos de champaña y de jerez, y por consiguiente, la conversacion era animadísima.

Un inglés, de unos cuarenta años, que habia hecho fortuna en California y que se dirigia hácia Centro-América para establecer nuevas factorías y extender sus relaciones comerciales, hablaba con violencia y despecho de la influencia francesa, que tendia en aquella época á reemplazar la preponderancia exclusiva de Inglaterra, preponderancia que perdió un poco mas tarde por faltas que no nos incumbe mencionar.

El negociante inglés, contrariamente á la calma y reserva habituales á sus compatriotas, se dejaba arrastrar, ayudado por el champaña y el jerez, á apreciaciones de tal modo injustas que ya varias veces habian llamado la atencion de un jóven frances de unos veintidos á veintitres años, que estaba sentado á uno de los extremos de la mesa.

—Los franceses, respondió el inglés á un español que le hizo una objeccion, no nos perdonarán nunca Waterloo y Santa Elena.

—Señor mio, dijo el jóven frances; los franceses no tienen nada que perdonaros, si no es las faltas que cometisteis durante la batalla, pues todo el mundo sabe que el duque de Wellington cometió tales errores, que harian subir los colores á la cara de un simple subteniente. En cuanto á la calástrofe de Waterloo, tampoco fueron los ingleses, sino la Europa coaligada y sus ejércitos quienes triunfaron de la Francia. Por lo tanto, pueden ustedes guardar el orgullo para cuando sean capaces de sostener, con fuerzas iguales, dos horas de combate en campo raso.

—¿Y Santa Elena? replicó el inglés.

—¿Santa Elena? ¡Cómo! ¿y osais vos pronunciar un nombre que hoy hace salir los colores al rostro de todos los ingleses? ¡Cómo! ¿vos invocais Santa Elena, cuando los ingleses apedrearón por las calles de Londres al infame Hudson, loco que tuvo que venir á morir en América maldecido por todo el pueblo inglés? En fin, señor mio, yo soy frances, y lo suplico cese una conversacion que podria atraer consecuencias desagradables.

El giro que habia tomado la conversacion, sin duda no agradó al capitán, que se levantó de la mesa y subió sobre el puente seguido de los demás pasajeros.

El negociante inglés, desconcertado por la firmeza del jóven frances, se levantó tambien y siguió á sus compañeros de viaje. Dióse orden para que sirvieran los licores sobre el puente, y la discusion volvió á entablarse, á pesar de los esfuerzos del capitán, quien no pudieron lograr apaciguar á los dos interlocutores, se retiró á su camarote, diciendo á su segundo:

—Tanto peor para ellos; dejadles que se arreglen como puedan.

—Jóven, dijo el inglés, mas apto para discutir azúcar y canela que cronología histórica; para saber si los franceses podrian vencernos en batalla campal, seria necesario verlo.

—No seria la primera vez.

—Citad una sola.

—Pero, señor mio, ó el champaña os hace perder la memoria, ó vos ignorais el a, b, c de la historia, tanto antigua como moderna. Para convenceros os citaré un ejemplo perteneciente á la

historia moderna. Al principio de la revolucion francesa, nuestras tropas, sin instruccion ni disciplina; nuestras tropas, reclutadas en los arrabales de Paris y compuestas de lo que nosotros llamamos *pilluelos de Paris*, sin zapatos y sin víveres, batieron á vuestros soldados ingleses, unidos á los prusianos mandados por el duque de York, y delante de los cuales no osásteis á presentaros de nuevo, ocultándoos cobardemente, hasta que cansadas y extenuadas por mil victorias, habeis podido, ayudados por todas las fuerzas de la Europa coaligada y por la traicion, vencer un solo dia, uno solo, mientras nosotros contamos veinticinco años de gloria, habiendo meses enteros en que ganáramos una batalla diaria.

—Vos citais una derrota del duque de York, replicó el inglés: ¿podriais citarme otra?

—Con mucho gusto. Abrid vuestra historia y encontrareis veinte derrotas iguales. Parece imposible que vos no conozcais las tradiciones populares, las cuales os hubieran enseñado al menos que durante un mes vos habeis sido batidos y acuchillados por una mujer.

—¡Ah! sí, respondió el inglés; pero pagó caras sus victorias.

—¡Eso es! ¡invocad otra infamia, y de este modo os defendereis tan mal aquí como en el campo de batalla. Invocad Santa Elena y el suplicio de Juana de Arco, dos manchas hechas al pabellon inglés y á la lealtad de la Gran Bretaña!

El inglés, irritado, quiso coger una botella que tenia delante, para arrojársela al jóven frances; pero los demás pasajeros que asistian á la disputa, lograron quitársela de las manos: entonces, ciego de furor, lanzó un insulto á la faz del frances, é invocando Trafalgar, exclamó:

—¡Sobre el mar! ¡sobre el mar! ¡Citad un Trafalgar!

El jóven, á su vez, fuera de sí exclamó:

—¡Pardiez! si continuamos, será necesario mandaros á la escuela. Juan Bart deshizo vuestras escuadras, y fué á quemar vuestros buques hasta dentro de los puertos del Támesis. Luis XIV preguntó un dia á Juan Bart, cómo habia podido penetrar hasta dentro del Támesis para incendiar vuestros buques. El rudo marino hablabá con dificultad, é hizo colocar á los cortesanos delante del rey, como yo coloco actualmente á estos señores, y llegó hasta el soberano empujando á todos, favoritos de salon, que se reian de su poca elegancia y de sus cabellos rojos mal peinados; como yo hago ahora, señor inglés.

Esto diciendo el jóven, que habia podido llegar hasta el inglés, le jugó uno de esos pases conocidos al pujilató, por medio de los cuales se derriba á un adversario sin ningun esfuerzo. El inglés, vacilante ya por los vapores del vino y de los licores, fué á rodar á algunos pasos de distancia por el puente. Levantóse amenazando, y quiso arrojar sobre el frances; los pasajeros lo detuvieron, é hicieron que cada uno se retirara á su camaroto.

Al dia siguiente, dos testigos del negociante inglés fueron en su nombre á pedir satisfaccion al jóven frances. El duelo era á muerte, y el inglés, que era el ofendido, puso por condicion que la suerte decidiria, y que el que perdiera se mataria á la noche siguiente, levantándose la tapa de los sesos ó arrojándose al mar. El jóven aceptó. La suerte se debia echar á los dados y en dos partidas; en caso de empate, tres.

El inglés ganó la primera y perdió las otras dos. Levantóse con mucha calma y entró en su camarote. El jóven frances lo siguió acompañado del segundo del buque, y lo ofreció la mano, diciéndole que aquella partida era absurda, y que todo se debia olvidar; que una disputa despues de una comida demasiado copiosa, no debia terminarse por una locura sin nombre.

—No, respondió el inglés; yo no hubiera perdonado; por consiguiente, no quiero perdonarme á mí mismo.

—Vamos, no pensemos mas en eso por ahora,

dijo el frances; cuando llegemos á Costa-Rica echaremos pié á tierra, y si persistís en querer batiros, ¡qué demonios! nos batiremos á la espada, y cada uno defenderá su vida á pié firme y con las armas en la mano.

—¡Ya veremos! respondió el inglés.

Diciendo esto, se encerró en su camarote y no volvió á aparecer en todo el dia.

Al llegar á Puntarenas al dia siguiente, se hizo el llamamiento de las personas que debian desembarcar, y solo faltaba el negociante inglés. Entraron en su camarote, y sobre su cama encontraron un pliego voluminoso dirigido al jóven frances, el cual contenia su testamento y la siguiente carta:

«Muy señor mio:

«Vuestra conducta de ayer para conmigo, me prueba que vos poseeis el valor y la energia de un hombre, unidos á una lealtad y una generosidad naturales á vuestra edad, y que yo aprecio tanto mas, cuanto que ellas son innatas en vos. Yo os dejó el cuidado de liquidar mis negocios, de consolar á mi mujer, y os recomiendo mis hijos. El testamento que encontrareis junto á esta carta, os dará todas las facultades necesarias para llenar honorablemente la mision que una circunstancia fatal os impone.

«Firmado: ...»

El jóven frances se encontraba ejecutor testamentario de una inmensa fortuna, con un interés considerable, en la casa inglesa de San Francisco.

Dirigióse á California, portador de las últimas cartas del inglés para su familia y sus amigos; sin dejar sospechar nada de la causa del suicidio. Llenó su cometido con conciencia; liquidó todos los negocios pendientes, y trabajó tres años consecutivos para concluir de realizar la fortuna encomendada á sus cuidados, sin querer aceptar los honorarios ni los intereses que le asignaba el testamento, y se creó una posicion independiente, trabajando en otra casa las horas que le quedaban libres.

La familia inglesa hizo todos los esfuerzos imaginables para atraerse al jóven frances y obligarle á aceptar, ya que no queria dinero, al menos su reconocimiento y amistad por tan desinteresada abnegacion. Al cabo de tres años de trabajo, presentó á la viuda é hijos del inglés todas las cuentas en regla y un capital de ocho millones de francos, sin querer darle como recuerdo y gratitud. Al menor de los hijos del inglés dió la parte que le tocaba de los intereses de los negocios de la casa durante los tres últimos años. Unos dias despues se despidió de la familia inglesa y de los dependientes de la casa, y salió de San Francisco, sin que pudieran explicarse el carácter extraordinario de aquel hombre, que habian concluido por llamarle *el buen amigo original*.

Las comunicaciones eran en aquella época raras y difíciles entre los Estados americanos; la navegacion á vapor apenas existia; de modo que el duelo fué desconocido en San Francisco, y la memoria del rico inglés, del jóven frances, y la historia del suicidio que habia ocupado algunos dias á la naciente ciudad, desapareció poco á poco entre el fobril torbellino de los negocios y de los nuevos acontecimientos.

FIN DEL PRÓLOGO.

GACETILLA.

La circulacion de nuestro Peridico.

Los Sros. Diaz de Leon y Santiago White circulan el primer número de este diario á los que favorecieron la publicacion del *Renacimiento* y del *Libro Rojo* en la Capital, y á los Estados remiten competente número de ejemplares á los corresponsales para que hagan lo mismo, y suplcan á los señores á cuyas manos llegue el periódico, se sirvan avisar si se suscriben, devolviendo en caso contrario el número á los repartidores.